

# LA MADRE DE FAMILIA.

**REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA.**

CON LA  
aprobación eclesiástica,  
y bajo la dirección  
DE  
**E. Lozano de Vilchez**

Granada.—Darro del  
Campillo, 15.

Contendrá artículos  
de costumbres, nove-  
las, poesías, sección  
doctrinal, y cuanto  
 juzguemos á propósi-  
to para la instrucción  
religiosa, la enseñan-  
za y el recreo.

Este periódico sal-  
dra los días 8, 14, 23 y  
30 de cada mes, y cons-  
tará de ocho páginas,  
en igual tamaño al de  
este prospecto.



**SU PRECIO  
ES EL  
DE UN REAL AL MES**

EL MÁS BARATO  
que se publica en España.

Los pagos se harán  
de cuatro en cuatro  
meses para facilitar de  
este modo á los señores  
suscriptores la adquisi-  
ción de las tarjetas es-  
tablecidas para pago  
de periódicos, que se  
expenden en todos los  
estancos; admitiéndose  
también en sellos  
de franqueo de 10 y 15  
céntimos, prefirién-  
dose siempre, donde  
las haya, las letras del  
Giromútuo.

Suplicamos á los  
señores que quieran  
suscribirse, que al  
darnos el aviso mar-  
quen bien su nombre,  
pueblo de su residén-  
cia y provincia á que  
pertenece.

30 de Marzo de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 44.

## SUMARIO.

Lea, ó la Cruz triunfante, por D.<sup>a</sup> Matilde Bourdon.—  
A mi querida Josefa en la sentida muerte de su ma-  
dre, poesía por D.<sup>a</sup> Maria Hurtado.—Calvario y re-  
dención, carta de tres hermanos, por D.<sup>a</sup> Enriqueta  
Lozano de Vilchez.

## LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

Delante de este cuadro la hija del Emperador  
eraba trabajando. En el momento en que volve-  
mos á encontrarla, recamaba de oro y plata una  
dalmática de seda carmesí; y á su lado hilaba su  
abuela un lino muy hermoso y fino, destinado  
también á los altares. Antes del trabajo habían  
leído como de costumbre algunos versículos del

Evangelio. Habían meditado en silencio la pala-  
bra santa, y al presente conversaban sobre cosas  
del día, mientras sus manos laboriosas hacían  
correr la aguja y dar vueltas al huso.

—Madre mía, dijo Constancia dirigiendo á su  
abuela una mirada tierna y confiada; no sé por  
qué, pero se me figura que es una sugestión de  
los Angeles buenos, hace algunos días no ceso  
de pensar en esa joven huérfana, LEA VALERIA,  
confiada á los buenos cuidados de Cornelia, y á  
quien visteis el día en que mi padre mostró su  
amor al apóstol san Pedro.

—Y ¿por qué esa joven ocupa tanto tu me-  
moría?

—Porque no tiene padre ni madre, ni conoce  
al Dios verdadero. ¡Cuánto la compadezco, yo  
que tengo un padre tan glorioso, una madre tan  
buena y que conoce al Dios de toda la verdad!



--En efecto, es muy digna de compasion, como todos los infelices que siguen la idolatría! Debemos rogar mucho por ellos para que la luz divina ilumine su entendimiento.

--¡Ah! os aseguro, abuela, que ruego por todos, pero de un modo especial por LEA. Sé que pertenece á una raza obstinada en sus errores, y nunca ha podido penetrar en su razon un rayo de la verdad. Su abuelo odiaba de muerte á los cristianos.

--Y Cornelia y su hija ¿se acuerdan de nosotras?

--No sé; no me atrevería á juzgar esa matrona rodeada siempre de magos y agoreros; pero me parece que Antonia tendría un corazon dócil á la fe, pues desprecia la falsas divinidades y halla gusto en oír contar los heroicos combates de los Mártires.

--Y la jóven LEA ¿te parece si está bien dispuesta por la fé?

--No abuela; los errores del Paganismo han oscurecido su razon, y por esta causa quisiera iluminarla y convencerla. ¡Si pudiese tenerla aquí, á mi lado! vuestras palabras llegarían al fondo de su alma. abuela mia!

--¿Qué medio encuentras, querida Constanca? LEA está bajo la custodia de la noble Cornelia.

--Dios proveerá, abuela; por mi parte ruego á la santa Virgen Inéz, que tanto poder tiene cerca de Jesús, que me ayude á sacar á LEA de la idolatría y convertirla á nuestra fe. ¿Rogaréis vos tambien, abuela?

La Emperatriz sonrió con tristeza y respondió:

--Rogaré, ruego mucho por mi hijo, por sus hijos, por mi hija Fausta... ¡Ay! ¿quién sabe si será oída? Pido para aquel á quien Dios se ha revelado y al cual ha dado el Imperio, un corazon verdaderamente cristiano, libre y limpio de pasiones; pido para mis nietos una inviolable fidelidad á Jesucristo; pido para Fausta un alma recta y un corazon puro... temo por ella, temo los errores del entendimiento y los desórdenes del corazon....

Constancia habia bajado los ojos.

--Querida abuela, dijo al fin, oremos juntas, oremos sin intermision por todos los que acabais de nombrar; por Fausta, que ocupaba el lugar de mi difunta madre, y por LEA.. Si alcanzo lo que deseo, ofreceré una corona de lámparas á la bienaventurada Inéz,

La dulce Constanca debió rogar mucho, pues el dedo de Dios preparó los sucesos humanos conforme á sus votos.

Tiempo hacia que los mayordomos de Cornelia

la instaban á que fuese á visitar sus posesiones de África, tan vastas que parecían una provincia, y se extendían desde Alejandría hasta las montañas de la Lybia.

Cornelia, indecisa mucho tiempo, resolvió al fin emprender este viaje; habia oído decir que las ciudades del Egipto contaban un gran número de sábios, y que en los desiertos que se extienden al Sur habitaban solitarios muy hábiles en descubrir lo futuro. Estas relaciones despertaban su curiosidad; confiaba que los astrólogos de Alejandría y los ermitaños de Scetas le revelarían algunos de los secretos de la naturaleza, que recorrerían á su vista el velo que ocultaba los acontecimientos futuros, y ávida de esta ciencia, resolvió partir.

Antonia y Sexto con un numeroso séquito de libertos y esclavos debían acompañarla; y en cuanto á LEA, que no podia ni queria seguirles, aceptó gozosa la invitacion que le hizo la princesa Constanca.

El dia en que Cornelia dejó su apacible retiro de Tibur, LEA fijó su morada en el palacio de Letran.

## XI.

### EL HIJO DEL EMPERADOR.

Hacia diez meses que LEA vivía al lado de Constanca, tranquila, confiada, y aun feliz; no obstante, los votos tan puros que todos los dias se elevaban al cielo por su salvacion no eran oídos. Asistía como testigo impasible y vigilante á la vida de la Princesa y de su augusta abuela: vida santa y caritativa que parecia un comentario del Evangelio; pero esto no producía efecto alguno en su espíritu. El don divino de la Fé no habia iluminado todavía aquella alma; resistía á los secretos toques de lo Alto y á los ejemplos y delicadas exhortaciones de su amiga; observaba, y como acontece á los corazones no reblandecidos por la gracia, resistíase contra los saludables ejemplos y las virtudes, cuya grandeza no podia sin embargo negar.

Varias veces decia á Constanca:

--¿Creeis que nuestros padres no poseyeron estas virtudes que tanto encomiais en los cristianos? Qué ejemplos de firmeza y de valor entre los Cincinatos, Camilos y Fabios! ¿Han sufrido vuestros mártires mas que un Régulo? ¿aventajan en virtud vuestras vírgenes á nuestras Vestales? ¿son mas puras vuestras esposas que Cornelia, Octavia, Calpurnia? ¿Faltábase á Druso y Germánico todas las cualidades de los héroes y de los sábios?



—No negaré vuestros ejemplos, querida LEA: nuestro Criador ha hecho el hombre á su imagen, y la divina semejanza resplandece en los individuos de toda nacion; el mas bárbaro; el que vive en las extremidades del mundo, tiene en sí mismo algunos rasgos de su Criador. Pero esas grandes virtudes de que hablais, LEA, y atribuis á varios paganos, son el patrimonio de los cristianos mas pequeños y humildes. Algunas virtudes austeras, heroicas que brillan entre vosotros, forman tal excepcion, que la historia las registra y las trasmite á las futuras generaciones; mientras entre nosotros son el deber, son la regla. Nombrais vuestras Vestales, bien contadas por cierto, y á quienes unia á los altares de sus dioses la fuerza y el terror; nosotros no podriamos contar nuestras vírgenes, ¡tan numerosas son las castas frentes ocultas bajo el velo! ¡Citaís un Régulo! nosotros millones de mártires! Solo los Angeles conocen los nombres todos de esta cohorte intrépida! ¡Ah! mi querida LEA, si quisiérais acompañarme un dia á las catacumbas, tal vez se conmoviera vuestro corazon al ver aquellos sepulcros silenciosos y llenos de gloria, y entorces me preguntaríais si son vanas las esperanzas por las cuales los Mártires han sufrido la muerte!

Estas palabras pronunciadas con calor y ternura impresionaban á LEA, pero no cedia aun; reteníala en el error la memoria de su abuelo y sus supremas prohibiciones, y se resistia contra la persuasion que á veces penetraba en su entendimiento. Constancia y su abuela se esforzaban en conmovérlela, pero habia otro que trabajaba en convencerla.

El primogénito de Constantino, el heredero del Imperio, Crispo, profesaba á su hermana un cariño entrañable; visitábala á menudo; complaciase en conversar con ella; recibia con respeto los consejos de su abuela; poco á poco fue sintiendo por LEA el mismo afecto que su hermana y quiso tambien alumbrar aquel entendimiento rebelde, y tan digno, sin embargo, de conocer y adorar la verdad. Recordó Crispo las lecciones de su maestro Lactancio, y con elocuencia persuasiva exponia á la jóven patricia los dogmas cristianos. En estas conversaciones parecia que los decrepitos ídolos á quienes LEA queria ofrecer su incienso temblaban en sus cimientos cuando el jóven Crispo les quitaba el velo y hacia patentes las groseras fabulas que los habian inventado; en estas mismas fabulas descubria un resto de la verdad primera revelada á los padres del género humano; y luego, dejando la idolatría y los vicios divinizados por ella, desplegaba

á los ojos de LEA la noble historia del Cristianismo desde el origen de las cosas hasta el momento en que, suscitado por Dios omnipotente, su padre Constantino, á quien nombraba con respetuoso orgullo, habia dado al mundo la paz y la libertad!

—¡Juzgadnos por nuestras máximas, juzgadnos por nuestros actos! (decia como en otro tiempo el filósofo cristiano Atenágoras dirigiéndose á Marco Aurelio): ¿en qué preceptos nos hemos nutrido? *Yo os lo digo; Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos del Padre celestial que hace brillar su sol sobre los buenos y sobre los malos.*

—Estos preceptos son admirables, contestó LEA; pero ¿los observan todos los cristianos? Ved, Príncipe, ved á Fausta, vuestra madre política; es cristiana, asiste á vuestras ceremonias cree vuestros dogmas, y no obstante os odia á vos que no sois enemigo suyo, é intenta perderos sin que le hayais hecho ningun mal. Esos paganos, á quienes aborreceis, á lo menos se mantienen fieles á sus amigos y parientes, y detestan solo á sus enemigos.

—Fausta, repuso el jóven, es oriunda de una raza dura y bárbara; su padre Maximiano fué uno de los mas crueles perseguidores de nuestros hermanos, ¿y qué extraño es que conserve alguna señal de su origen? Aborrece en mí, no mi persona, sino el título de primogénito, el nombre de César, que quita á sus hijos sus pretensiones sobre el Imperio; su odio es solamente ambicion, y su resentimiento un amor maternal mal dirigido.

—No puedo olvidar, añadió la emperatriz Elena, que salvó la vida á mi hijo Constantino, y que le defendió contra el furor de su padre.

—Como Hipermenestra salvó á su jóven marido de la cólera de Danao, interrumpió LEA sonriendo.

—Vos siempre con vuestras fábulas, dijo Crispo; os hago gracia de la que acabais de citar porque Horacio la ha cantado, y digo con la Emperatriz que debemos gratitud á Fausta, que salvó una vida preciosa, y á quien debo un gran respeto, pues mi padre la tomó por esposa,

LEA reflexionaba, y dijo conmovida:

—Sois un verdadero cristiano, Príncipe, puesto que seguís la máxima de vuestro Maestro de perdonar á los enemigos y bendecir á los que os maldicen: lo sois, no solo de palabra, sino de obra.

—Quisiera el Señor, repuso Crispo, que salga yo de las aguas bautismales convertido en un



cristiano verdadero, en un cristiano perfecto. Al presente soy catacúmeno, y deseo recibir el agua santa que lava nuestros pecados.

—¿Cuándo será, continuó diciendo la Emperatriz mientras acariciaba los cabellos de LEA, cuándo será que esta cabeza se incline bajo el yugo de Cristo? ¿Cuándo llevaremos al redil una nueva oveja?

—Admiro vuestras leyes y vuestra doctrina, dijo LEA con tristeza, y sin embargo, no puedo sujetarme á ellas. Paréceme que los que me dieron el ser, me lo prohíben.

—No lo creais, dijo Crispo: estad segura de que si vuestros abuelos han encontrado gracia en el Señor, desean con ardor que abracéis la verdad: lo desean vuestros amigos, y darian su vida para iluminaros y salvaros!

El joven Príncipe pronunció estas palabras en voz baja. LEA se sonroseó, y sus ojos se fijaron en Constancia, que añadió con ternura:

—Crispo ha hablado también en nombre nuestro.

Cuando ambas jóvenes quedaron solas, Constancia dijo:

—LEA, habeis tocado un punto para mí doloroso: no me cabe duda del odio de Fausta contra mi hermano: tiene amigos, parciales numerosos y todo lo temo de ella y de los que la secundan.

—Y ¿qué puede contra vuestro hermano? El Emperador le ama, el pueblo le idolatra; está ya asociado al imperio, y se ha cubierto de gloria en la guerra contra Licinio: ¿quién se atrevería á tocar una cabeza que protegen tantos laureles?

—¿Quién? los Pisones de la corte imperial, los que envenenaron á Germánico, los que abreviaron la vida de Británico, los que tal vez hirieron á Marco-Aurelio por mandato de Commodo; los cortesanos, funesto aguijón que estimula las pasiones de los reyes! Nosotras dos vivimos retiradas; mi salud delicada y mis hábitos de retiro me tienen apartada de Fausta; y vos no conocéis la numerosa corte que la rodea. Antiguos amigos de su padre, ejecutores de sus crueles voluntades, paganos convertidos únicamente por ambición, discípulos de los sectarios que se levantan en Oriente contra la Iglesia de Cristo; tales son los amigos de Fausta, y los enemigos de mi hermano. Su poder les estorba, y temen su cristiana fidelidad.

—Pues ¿qué oponer á tantos peligros?

—La oración.

—¿Por qué no advertís al Emperador?

—El Emperador ama á Fausta; la cree en todo; acaso ¡ay! haríamos odioso á Crispo sin salvar-

le... No, debemos rogar al que libró á los jóvenes hebreos del fuego del horno, al que condujo á David á través de mil lazos y asechanzas hasta el trono de Israel. Intereso en mis súplicas á la bienaventurada virgen Inés, y hago resolución de visitar su sepulcro.

—¿En dónde descansa?

—En la catacumba de la via Nomentana.

—Os acompañará, si me lo permitís, dijo LEA con tímido acento.

Abrazola Constancia, y díjole:

—Junto á las cenizas de los Mártires, hermana mia, ¿no se moverá vuestro corazón, y no diréis al Dios que no conocéis: Salvad á Crispo, iluminadme?

## XII.

### LAS CATACUMBAS.

LEA acompañó á su amiga al cementerio de los cristianos con cierto sentimiento de horror, que no podían templar aun el respeto ni la esperanza. Las oscuras imágenes de los poetas paganos, la laguna Estigia de negras aguas, el Tartaro profundo, las tinieblas infernales, las crueles Euménidas, Sisifo, Tántalo, Ixion, sombras fatales entregadas á los tormentos, todo esto se representaba á su imaginación mientras bajaba, al resplandor de las antorchas, la tortuosa escalera que conducía á la catacumba. Apoderóse de ella una especie de angustia al ver desaparecer el día, ¡aquel día tan puro de Italia! y al perder de vista el azulado cielo, los espléndidos monumentos y los árboles siempre verdes que rodeaban en forma de guirnalda un templo de Diana, situado casi á la entrada del cementerio de Inés. Su corazón latía con fuerza, y maravillábase de ver la seguridad y la alegría pintadas en el rostro de su amiga. Precedíala esta, alta la frente, como si fuese á una fiesta, repitiendo en voz baja estas palabras de la santa Escritura:

—«Habeis librado mi cuerpo de la perdición, de los lazos de la lengua injusta, de las manos de los que forjan mentiras. Habeis tomado mi defensa contra los que me acusaban, me habeis librado de los leones rugientes...»

—¿De quién habláis? le preguntó LEA.

(Continuad.)

MATILDE BOURDON.



A MI QUERIDA JOSEFA  
En la sentida muerte de su madre,  
LA SRA. D<sup>a</sup>. JUANA ESCOBAR Y ROMERO DE RODRIGO.

## EL DOLOR FILIAL.

Negros crespones cual sombrío velo  
apagan el fulgor de las estrellas  
y despojan el cielo  
del suave encanto de las noches bellas  
y su rico dosel de terciopelo.

Velos de luz opaca que se extienden  
en negras ondas de punzante hielo,  
cual lágrimas que penden  
en triste soledad y desconsuelo  
de tiernas penas que mi pecho encienden.

Lágrimas doloridas, derramadas  
por la santa memoria de mi madre,  
cual flores deshojadas  
que pongo en el sepulcro en que mi padre  
pasa las horas de dolor sagradas.

Y tristes son, cual de dolor la palma,  
tristes cual el gemido de los vientos,  
tristes como la calma  
que cerca mi dolor y mis tormentos  
cuando dice mi amor madre del alma!

¡Madre del corazón! digo llorando  
al sentir el vacío de mi alma,  
¿cuándo volverás, cuando?

— ¡Nunca! dice una voz con fría calma,  
¡Nunca, jamás! repite suspirando.

— Nunca jamás en tus miradas santas  
miraré reflejarse tu ternura;  
jamás, cual veces tantas,  
aliviarás mi pena y mi amargura,  
jamás ¡ay! ya descansaré a tus plantas.

Jamás el bello sol en sus miradas  
de luz y fuego bañará tu frente,  
ni las tuyas amadas  
inundarán la mia cual ambiente  
que perfume mis horas desoladas.

Que en vano, en vano con amante anhelo  
intento ver tu sombra seductora,  
pues de la muerte el hielo  
tu frente señaló, y hora tras hora  
vivo sumida en apenado duelo.—

Así dijo una voz que en su quebranto  
hendió los aires con su triste acento  
y su eco entre llanto

llegó hasta mí, que dije en tu tormento,  
— No te apenes ya más, no llores tanto!

No padezcas ya más, dije llorando,  
Al ver la pena de tu amor doliente,  
y en el aire enviando  
las suaves notas de mi pena ardiente  
entre el suspiro de la brisa blando.

Y adios, te dije en el veloz gemido  
que traspasaba las espesas frondas,  
y un beso dolorido  
cruzó los vientos en las blancas ondas  
y fué a posar sobre tu seno herido.

MARÍA HURTADO.

S. Vicente de Munilla.

## CALVARIO Y REDENCION.

## CARTA DE TRES HERMANOS

María a Fabian.

En mi última carta, querido hermano mío, te anunciaba una entrevista con el Doctor, á quien estaba esperando en aquel instante.

Sé que tu impaciencia y tu inquietud deben ser grandes, y voy á empezar mi carta refiriéndote todo cuanto hablamos, ese noble anciano y yo.

Después de escribirte mi anterior, en la que te contaba detalladamente los sucesos acaecidos, quedé algunos instantes inmóvil y muda, con los ojos fijos en las líneas que acababa de trazar, y en las cuales había derramado los mas ocultos sentimientos de mi alma.

Conmovida, agitada aun; midiendo toda la estension de los dolores que rebosaban de mi corazón y habían caído en aquellas páginas, incliné la frente y dejé correr el llanto que tan amargo como silencioso brotaba lentamente de mis ojos.

Y tanta era mi abstraccion y tan intensa mi angustia, que me olvidé de todo cuanto me rodeaba y solo me ocupé de sentir.

Sin duda San Roman había enviado á un criado á saber si yo había salido de mi estancia ó me hallaba en ella, pues momentos antes había sentido pisadas en el corredor, pero nadie había llamado á mi puerta, que por otra parte, solo estaba entornada, en la seguridad de que ninguno sube á esta parte de la casa, sino viene directamente á buscarme.



Como te he dicho ya, lloraba sin cuidarme de cuanto tenia en torno, apenada por mi desgracia, excitada y puesta de manifiesto en los renglones que acababa de trazar.

De pronto, una voz conmovida y dulcísima, dijo muy quedo, junto á mí,

—Estás llorando, María?

Levanté la cabeza y ví á Elvira que habia llegado sin que yo la sintiese, y que me miraba con pena y asombro.

Como me era imposible ni fingir ni ocultar la verdad,

—Sí, hija mia, la contesté. sí, ya lo ves!

—Pero qué te pasa? ¿que los aflige á todos hoy?

—Cómo! pregunté admirada, á todos?

—Sí: papa que debia estar alegre porque ya estaba bueno, me besa y suspira; tú te encierres y no vienes á buscarme como otros días; y mamá, que jamás á llorado, se enjugaba algunas lágrimas hace poco. Oh! no tengas duda! yo lo he visto, á pesar de que se escondia de mí. Pero no se lo digas; que no sepa que te lo he contado, porque quizá me reñiria.

—No, Elvira mia, la contesté, besando su cándida frente, no tengas cuidado: yo callaré.

—Sí, ya sé que eres muy buena y que me quieres mucho, por eso te lo confío todo, pero ¿qué es lo que tienes tú?

—Oh! penas que aun no puedes comprender.

—Pero; ¿por qué no me las dices? Yo rogaré á Dios que las calme, y Él lo hará, puesto que tú me has enseñado á creer que oye siempre las peticiones de las niñas buenas.

Sin saber que responder á aquel ángel, titubeaba en la palabra que debia dirigirla, cuando por fortuna, con la volubilidad propia de su edad exclamó, dándose una palmada en la frente.

—Que aturdida soy! habia olvidado decirte á lo que venia.

—¡Ah! venias...?

—En nombre del Doctor: quiere subir á verte, y me enviaba á saber si podias recibirle.

—Sí, sí... cuando guste.

Sin duda mi semblante debia estar en aquel instante pálido y demudado, porque la niña me preguntó,

—Estás mala? quieres que me quede, contigo?

—No, Elvira mia: estoy bien, y sobre todo, ¿no dices que el Doctor...?

—Es verdad: voy á decirle que le esperas.

—Sí.

—Y, mira... luego vendré otra vez, te traeré un ramo de flores, y te haré compañía esta tarde: entonces me dirás porque llorabas... te quiero

tanto que deseo consolarte ó estar triste contigo tambien.

Estreché á la hermosa niña contra mi corazon, y ella se alejó corriendo antes de haber notado la impresion que sus frases producian en mí.

Dudosa sobre la mision que San Roman me traia, procuré tranquilizarme para recibirle, y para ello acudí á Dios y al testimonio de mi conciencia.

Pasado un instante sentí en el corredor los pasos de un hombre, y el Doctor se presentó en mi estancia, viniendo á sentarse junto á mí, despues de tenderme silenciosamente la mano.

Yo le miré fijamente sin pronunciar una palabra, y él parecia violento y turbado, hasta que al fin murmuró con acento pausado y triste,

—En vano, Maria, seria buscar un pretexto para motivar mi venida. Su alma de V. es tan noble y elevada, que yo creeria hacerla un agravio en no hablarla con entera lealtad.

—Pero... yo... balbuceé alarmada por aquel exordio.

—Lo sé todo, hija mia, dijo con acento de profunda piedad; se lo que ocurrió ayer, entre la Condesa y V. Sé que Horacio oyó todo cuanto dijo, y que por sus palabras ha comprendido la sublime abnegacion de su alma.

—Dios mio! es posible? exclamé con angustia.

—Se tambien que la duda á vuelta á penetrar en su corazon, y digo mal al hablar de duda, porque ya no tiene ninguna de la imprudencia ó por la falta de su esposa, reparada tan noblemente V., María.

—Desgraciada de mí! exclamé, desgraciada de mí! ¿qué he hecho?

—La fatalidad se ha mezclado sin duda en todo esto. Amelia está abatida, está desesperada y hubiera venido á contarla sus penas, si no la detuviera el temor de aumentar las de V. Ella, que hasta ahora habia mirado la vida como un juego, á empezado á herirse la planta con los abrojos del camino. Segura del amor de su esposo, engreida con los triunfos que su hermosura le conquistaba, habia dejado que los sentimientos de su corazon se adormecieran, sin pararse á avalorarlos, ni á medir su estension. Pero hoy que vé que puede perder la estimacion de Horacio, hoy que comprende que su esposo puede fijar su vista en otra mujer superior á ella, en otra mujer rodeada del prestigio de la hermosura, de la juventud de la desgracia, del sacrificio, y sobre todo de la superior grandeza del alma; tiembla estremecida, y descorriéndose el velo que cubria sus ojos, comprende que ama con locura, y sien-



te al par que la llama de este amor, penetrar los celos y la duda en su corazón.

Los celos! pregunté con un sentimiento de dignidad ofendida, los celos!

—Oh! tranquilízese V. La Condesa está segura de su virtud, la comprende á V., la admira, y por uno de esos fenómenos incomprensibles del alma, se ve obligada á amar y á respetar á aquella que puede ser causa de su tormento.

—Oh! ¿que he hecho yo para ser tan infortunada, que he hecho?

—Valor, María! el marino no puede evitar ni disipar la tormenta, pero puede guiar el navio, y hacer que salve los escollos! nosotros no somos dueños de desterrar las borrascas de la vida, pero podemos enfrenarlas y sacar á flote nuestra conciencia y nuestra virtud!

—Que debo hacer? le pregunté con afán, fijando en él una mirada suplicante.

—Por de pronto, abandonar esta casa! así evitará V. á Amelia un dolor permanente, y á Horacio, quizá la tortura de una pasión imposible.

—Oh! si, tiene V. razón, me iré, me iré, pero á donde?

—No tiene V. una madre? murmuró con indecible emoción.

—Aquí ganaba el pan para ella! le respondí solo.

—Luego... es V. pobre.

—Hoy sí, le dije, aludiendo á nuestro pasado: por eso vine á esta casa: Oh! pobre madre mia, como he de ir á aumentar sus pesares? con qué motivo justificaré mi vuelta á su lado, si nuestra posición es la misma que cuando me separé de ella para hacer menos penosa su ancianidad?

El Doctor me miró un instante sin decidirse á interrumpirme.

En su noble semblante se retrataba una lucha terrible.

Parecia, como que buscaba una frase, un pensamiento, sin poder llegar á encontrarlo.

Al fin, se acercó mas á mí, cogió una de mis manos entre las suyas que temblaban y murmuró lentamente.

—María, yo soy solo en el mundo! tengo sesenta años... y... y una fortuna adquirida con largos dias de estudio y de trabajo, pero que de nada me sirve. No me atrevo á ofrecerle á V. parte de ella, pues no tengo título alguno para merecerlo... y, ¡sin embargo, sería tan feliz con poder hacer algo en su obsequio!

—Oh! gracias! le dije con efusión, leyendo en sus ojos la sinceridad de sus palabras, gracias!

—Yo, hija mia, he vivido siempre solo, y ahora empiezo á hechar de menos los suaves y dulces lazos de la familia! Si yo tuviese una hija, si tuviese una hermana, la diría á V. en este instante; María, mi hogar está frío, mi casa desierta; venga V. á iluminarla con la luz de su virtud; venga V. á embellecerla con su talento, con su bondad, con las dotes superiores que el cielo le ha concedido y que brillan en su frente como una hermosa corona, venga V. á ser el rayo de sol que temple y alegre el hielo de la vejez que ya siento en torno! venga V. á ser mi hija... á dejarme gustar en mis últimos años las dulzuras de la vida, de los santos afectos del corazón. ¡Oh venga V., y este pobre anciano con alma de niño, podrá decir al morir que su existencia ha empezado al borde casi del sepulcro, ¡pero vivo solo! vivo solo y esto es imposible, porque ningún lazo nos une!

San Roman calló: apoyó la frente en sus manos y pareció meditar.

Yo á mi vez guardaba silencio, y tan profunda se hizo su abstracción, que le oí murmurar hablando consigo mismo.

—Si estuviera cierto de que no podía olvidar... de que no podía aspirar á otra ventura... entonces... pero no, aun sería mucho sacrificio!

Calló de nuevo, hasta que al fin exclamó con un arranque desesperado.

—Y sin embargo es forzoso... es forzoso sacarla de aquí. Su permanencia en esta casa, es la desgracia de los tres!

—Oh! le interrumpí, concibiendo un pensamiento salvador, ruegue V. en mi nombre á la Condesa que me permita volver esta misma tarde al lado de su madre! es el recurso mas pronto que me queda, ella accederá á mi deseo, estoy cierta de ello, y desde allí... desde allí buscaré un asilo donde llorar al menos en paz.

—Sea así, exclamó San Roman rápidamente: junto á la anciana D.<sup>a</sup> Juana, estará V. bien, mientras ellos permanecen aquí; despues.... quien sabe? Dios, tras las sombras de una noche de tormenta, manda la luz de un sereno y apasible dia, y las flores del valle, inclinadas por el huracan, vuelven alzar su caliz refrescado por las brillantes gotas del rocío!

—Aprueba V. mi deseo? le pregunté tímidamente.

—Oh! sí, hija mia: y voy á ponerlo por obra.

—Ruégala V. tambien que á nadie hable de mi partida, que mi suplica sea un secreto para todos... para todos; comprende V?

—Sí! ¡debe serlo! una despedida es imposible,



—Partiré de aquí en las primeras horas de la noche, y así, nadie sabrá...

—Yo me encargo de todo, hija mia; tenga V. confianza en mí.

San Roman, salió de la estancia, dejándome mas abatida aun que estaba antes de hablar con él.

¿Para qué he de decirte, hermano mio, como pisé aquel día tan largo como doloroso? ¡Ay! tu quizá no lo podrias comprender, porque los hombres sois fuertes y solo os impresionan las cosas grandes, no dando el valor que nosotras concedemos á cien pequeños detalles en que ciframos nuestra vida.

Elvira, segun lo ofreció, vino á pasar á mi lado algunas horas, y en ellas agotó el tesoro de sus gracias y de su ternura para mí.

Cuando la llamaron á la hora de la comida, cuando la ví alejarse, diciéndome «hasta mañana,» cuando pensé que tal vez jamás volveria á ver su dulce y hermoso semblante, ni á escuchar su voz querida, sentí que se desgarraba mi corazon quedándose la mitad con aquella tierna niña, ángel risueño, á quien hubiera anhelado consagrarme.

Á la caída de la tarde recibí un billete del Doctor, y en él me anunciaba que Amelia accedía á mi ruego y que debía partir á las ocho.

Hize algunos ligeros preparativos, tomé un corto alimento, y esperé aquella hora, sola como habia pasado las precedentes.

La tarde habia empezado á declinar, las primeras sombras del crepúsculo se habian estendido por el cielo, y mi corazon mas lleno de angustia en aquellas horas, esperaba el anuncio de la partida, que debía alejarme de los lugares en que tanto habia sufrido.

El relój del salon dió pausadamente ocho campanadas, que llegaron hasta mi oido en el silencio que reinaba en torno.

Un criado tocó ligeramente á la puerta de mi cuarto, anunciándome que el coche estaba pronto.

Me levanté, tomé un abrigo, que heché sobre mis hombros, y antes de salir caí de rodillas elevando á Dios una plegaria por los seres que iba á abandonar.

Después bajé rápidamente la escalera, pero quedé absorta y llena de asombro al encontrar á Amelia en el descanso.

Me abrió sus brazos y yo me precipité en ellos llorando.

Tambien las lágrimas brotaron en ancho raudal de sus ojos.

—Gracias, María, murmuró á mi oido, teniéndome aun estrechada contra su corazon: Gracias! V. me enseña siempre el camino del deber.

Y después sellando con sus labios mi frente.

—Dios bendiga á V., exclamó muy bajo, Dios bendiga á V. como yo lo haré siempre! y se alejó con paso tan ligero y rápido, que más parecia una sombra ó una aparicion, que un ser real.

Seguí mi camino sin volver los ojos atrás, y llegué al patio sin encontrar á nadie aun.

Allí sin embargo me esperaba el Doctor.

Cogió mi brazo viéndome vacilante y sin fuerzas, y me dijo á media voz.

—El coche espera á la entrada del parque; la Condesa á querido evitar que Horacio se aperciba de este viaje. Él está ahí, en el salon de estudio, triste como siempre, y como siempre silencioso.

—El cielo derrame sobre ambos, todas las felicidades de la tierra, murmuré solamente.

Á la salida del parque distinguimos el carruaje.

Antes de subir á él, el Doctor estrechó mi mano con emocion tan profunda, que apenas le permitia hablar.

—Hubiera querido ir con V., acompañarla en este viaje, me dijo, pero Amelia me ha suplicado que no la abandone esta noche: adios, pues, hija mia, adios, quizá muy en breve nos volveremos á ver.

Me arrojé sobre los almohadones, y el coche partió lentamente.

Algunas horas después, me hallaba á las puertas de la casa que habia escogido como asilo por algunos dias.

Ya lo sabes todo, otro día cuando esté mas tranquila, te hablaré de mis proyectos y te pediré consejo para un pensamiento que se agita en mi mente, y que si tú lo apruebas será la poster felicidad que puede hallar en el mundo tu desgraciada hermana,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia